

☞ CAPÍTULO XV. — EL SE-
CRETO DEL ÉXITO EN EL ARTE
ORATORIO. ❧ ❧ ❧ ❧ ❧

Ahora prefiero dejar la palabra al señor J. Creelman, el conocido corresponsal militar, que asistió á la sesión de Atlanta y dió cuenta de ella al *New-York World* en estos términos, que darán idea del modo como fué recibido mi discurso:

Atlanta 18 Septiembre.

Mientras el Presidente Cleveland esperaba en Gray Gables el momento solemne en que hacer brotar la chispa eléctrica que debería poner en movimiento todas las máquinas de la Exposición de Atlanta, un Moisés negro, se levantaba ante un auditorio de blancos y pronunciaba un discurso que hará época en la historia del Sud: al mismo tiempo un cuerpo de tropas negras marchaba, en un cortejo, con las milicias de la Georgia y de la Luisiana. Desde el discurso inmortal de Henry Grady, ante la sociedad de la Nueva Inglaterra en New-York, ningún hecho ha demostrado tan elocuentemente el nuevo espíritu que hoy día anima al Sud, como la apertura de la Exposición de Atlanta.

En el momento en que el profesor Booker T. Washington, director de una escuela profesional para ne-

gros en Tuskegee (Alabama), se irguió sobre el estrado del *Auditorium* para pronunciar su discurso, cegado por el sol que iluminaba su semblante con los fuegos de la profecía, Clark Howell, el sucesor de Henry Brady, me dijo: «El discurso de este hombre es el principio de una revolución moral en América».

Era la primera vez que un negro pronunciaba en el Sud un discurso, delante de un auditorio compuesto de blancos de ambos sexos y en un acto de tal importancia. Electrizó á sus oyentes de tal modo que un clamor formidable, parecido al retumbar de un trueno, acogió sus palabras.

Acababa de sentarse Mme. Thomson cuando todos los ojos se clavaron en un negro bronceado, sentado sobre el estrado, en primera fila. Era el profesor Booker T. Washington, director de la Escuela Normal profesional de Tuskegee, que ocupará desde hoy un lugar preponderante entre los hombres de su raza. La orquesta de Gilmore interpretó el *Star-Spangled-Banner* y estallaron los aplausos. Luego entonó el *Dixie* y hubo frenéticos clamores. Acabó con el *Yankee Doodle* y el entusiasmo tendió á decrecer (1).

Mientras tanto millares de ojos estaban clavados en el negro: un acontecimiento extraño iba á tener lugar: un negro hablaría en nombre de los suyos sin que nadie le interrumpiera. Al acercarse el profesor Washington al borde del estrado, el sol que entraba por las ventanas circundó su frente de fuego. El negro hizo un movimiento por evitar la luz que le cegaba, buscó un sitio cómodo en la tribuna y, por fin, afrontó resueltamente al sol sin un parpadeo, y empezó á hablar.

(1) «Star-Spangled-Banner» es uno de los himnos nacionales de los Estados Unidos. — «Dixie» es el himno regional del Sud. — «Yankee-Doodle» es el himno regional del Norte — N. del T.

Era una silueta imponente: grande, huesudo, manteníase erguido como un jefe *sioux*, la cabeza noble, la frente alta, la nariz recta, las mandíbulas fuertes, la boca firme y voluntariosa, los dientes bellos y blancos y los ojos vivos: tenía un aspecto grande y fiero. El bronceado cuello era nervioso y su brazo musculoso se erguía en el aire, mientras en la mano apretaba nerviosamente un lapiz negro. Sus anchos pies descansaban sólidamente en el suelo; los talones estaban juntos y las puntas se echaban afuera, formando ángulo. Su voz era clara y sonora: anunciaba por medio de una corta pausa las frases que le interesaba destacar. En menos de diez minutos la muchedumbre vióse agitada de un verdadero delirio de entusiasmo: hubo sombreros por el aire. Hasta las bellas damas de la Georgia se levantaban para aplaudir.

Y cuando levantó la mano, con los dedos separados, y, hablando á los blancos del Sud, les dijo, en nombre de su raza: «Podremos, en nuestras relaciones sociales, estar, como los dedos, separados unos de otros; pero juntos como la mano, para todo lo que es esencial para el progreso mutuo» su voz, retumbante fué á estrellarse como una ola contra los muros de la sala y todo el público, levantado como por ensalmo, aplaudía frenéticamente...

He oído á los grandes oradores de muchos países; pero ni el propio Gladstone, habría defendido su causa con tanto arte como aquel negro anguloso que se erguía, nimbada la cabeza por el sol, ante aquellos mismos que, en otros tiempos, habían cogido las armas para mantener á su raza en la esclavitud. Los clamores se hacían cada vez más fuertes; pero la expresión de su rostro seguía siendo impasible.

Mientras tanto un negrazo enorme, negro como el

ébano y harapiento, agazapado en un rincón de la sala, seguía al orador, ardientes los ojos y temblándole el rostro, hasta el momento en que la suprema salva de aplausos le arrancó un torrente de lágrimas; la mayor parte de los negros lloraban, probablemente sin darse cuenta de ello.

Después de las últimas palabras del discurso, el Gobernador Bullock atravesó rápidamente el estrado y fué á estrechar las manos del orador. Renovóse la ovación y los dos hombres se encontraron unos instantes frente á frente, dándose la mano.»

Después de mi discurso de Atlanta, acepté algunas invitaciones que se me hicieron para hablar en público; principalmente aquellas que me proporcionaban ocasión de visitar las regiones donde mi palabra podía servir á la causa de mi raza; pero siempre á condición de poder extenderme libremente sobre la obra que había emprendido y sobre las necesidades de mi pueblo y sin tenerme que inquietar, como un conferenciante profesional, del éxito monetario.

Desde que hablo en público me pregunto con asombro cómo hay tantas personas que se molesten por venirme á oír. Muchas veces me ha acontecido, al contemplar desde la calle la muchedumbre que invadía una sala de conferencias donde yo debía hablar, sentirme avergonzado por hacer perder á tanta gente una hora tan preciosa. Hace algunos años tenía que pronunciar un discurso ante una sociedad literaria de Madison (Wisconsin). Una hora antes de la conferencia cayó una copiosa nevada. Convencido de que no habría nadie en la sala, me fuí á ella sin embargo, por cumplir con mi conciencia pero seguro de que no iba á hablar. Encontré la sala rebosando de auditorio y experimenté tan grande

asombro que no pude volver de él en toda la noche.

Con frecuencia se me ha preguntado si estoy conmovido antes de hablar; hay quien dice que, estando acostumbrado á hablar frecuentemente en público, ya no debo experimentar esa emoción. Confieso que paso siempre por un momento penoso antes de pronunciar un discurso; y, á veces, ha sido tan grande la tensión nerviosa, que he resuelto no volver á hablar jamás en público. Estas sensaciones no las experimento únicamente antes de hablar: después de haber pronunciado un discurso suelo quedarme con el sentimiento de no haber dicho lo esencial ó lo mejor de lo que había pensado decir.

Pero hay también grandes compensaciones. Con frecuencia esta agitación nerviosa da lugar, algunos minutos después, á una real satisfacción que me comunica el sentimiento de haber sabido coger á mi auditorio y de haber establecido una corriente de simpatía entre el público y yo.

Dudo que haya en el mundo un goce á la vez físico é intelectual que iguale al del orador que siente al auditorio completamente á merced de su palabra. Hay un lazo de simpatía y de unión, que pone al auditorio en comunicación con el orador, y que es tan fuerte como un cordón visible y tangible. Basta con que haya entre un auditorio de un millar de hombres uno solo cuyas opiniones estén en contradicción con las mías, ó cuya actitud sea simplemente fría, crítica ú hostil para que yo lo advierta en seguida. Cuando he descubierto á *mi hombre* me dirijo llanamente á él y me doy el gusto de reducirle poco á poco. Lo que, en estos casos me suele dar mejores resultados es narrar alguna historieta; aunque no suelo contar nunca una anécdota simplemente por el gusto de contarla. Este procedimiento es vacío y frívolo y no siempre engaña á los que escuchan.

Hablar únicamente por hablar es, en mi concepto, perjudicar á los oyentes y perjudicarse á sí mismo. Yo creo que no se tiene el derecho de hablar más que cuando realmente nos obliga á ello el sentimiento de algo que queremos comunicar á los demás. Todo el que está profundamente convencido de que lo que va á decir será útil á un hombre ó á una causa humana, debe hablar, y yo creo que, en semejante caso, incluso puede burlarse de las reglas de la retórica. Entonces todos los preceptos artificiales de la oratoria son de escasa utilidad.

Claro que conviene cuidar las pausas, la manera de respirar y el tono de la voz, pero ninguna de estas cosas vale tanto como el *alma* del discurso. Cuando tengo que hablar, me gusta olvidarme de las leyes de la gramática y la retórica y me gusta que mis oyentes las olviden.

Nada contribuye á hacerme perder la cabeza, cuando hablo, como el ver á alguien abandonar su sitio. Para evitarlo, me impongo siempre como un deber el tratar de hacer un discurso tan ceñidamente interesante y tan lleno de hechos vivos que nadie pueda pensar en marcharse. He podido concluir de mis observaciones que lo que quieren la mayoría de los auditorios son hechos, más que generalidades y doctrina moral. Dad á los hombres hechos positivos, en forma interesante: ellos sabrán deducir por sí mismos las conclusiones necesarias.

En cuanto á los auditorios que prefiero pongo por encima de todos, una reunión de hombres de negocio, inteligentes y despiertos, como se encuentran en las ciudades de New-York, Boston, Chicago y Buffalo. Nunca he visto auditorio más pronto á apoderarse de un mínimo matiz y ni más entusiasta.

Durante estos últimos años he hablado ante las principales sociedades de este género en las grandes pobla-

ciones de los Estados Unidos. El momento oportuno para hablar á un cenáculo de comerciantes es después de una buena comida; aunque no conozco tortura que pueda compararse á la de una comida de catorce platos, después de la cual tenga que hablarse. A cada instante, mientras dura la comida, creemos que el discurso será un fracaso y una decepción.

Raras veces me acontece asistir á una de esas comidas sin recordar el tiempo de mi infancia, cuando habitaba como esclavo en mi cabaña de madera, y sin desear íntimamente volver á encontrarme allí como por ensalmo y gustar, una vez por semana, la rica miel que nos traían de la «Casa grande». Nuestro régimen ordinario se componía de pan de maíz y carne de cerdo; pero el domingo por la mañana mi madre estaba autorizada á traernos un poco de miel ó almíbar de la «Casa grande»; cuando los tres niños la veíamos venir, habríamos deseado que todos los días fuesen domingo. Iba yo á buscar mi plato de hojalata y lo presentaba para que me sirvieran en él la golosina apetecida; pero cerraba los ojos, para procurarme la sorpresa de encontrarme una gran cantidad cuando los abriera. Una vez en posesión de mi fortuna inclinaba el plato blandamente, en todos sentidos á fin de que el espeso líquido colmara todo el cuenco: en mi candidez infantil creía que así aumentaba mi ración y que hacía durar más tiempo mi regalo. Estos festines dejaron tal impresión en mi ánimo que, aun hoy, sería difícil convencerme de que no hay más miel en un plato cuando ocupa todo el cuenco, que cuando sólo llena un rincón, si puede hablarse de rincones en materia de platos.

Mi parte consistía en dos cucharadas de las grandes, pero estas dos cucharadas de almíbar me eran infinita-

mente más agradables que un banquete, después del cual tengo la perspectiva de pronunciar un discurso.

Después de los hombres de negocios, mis preferencias van directamente á un auditorio compuesto de hombres del Sud de una ú otra raza juntas ó por separado. Su entusiasmo y el interés que ponen en vuestras palabras son un goce continuo. Los «amén» y los «es verdad» que se escapan á cada momento, de los labios de los negros, serían un estimulante para el peor de los oradores. Viene en seguida en el orden de mis preferencias un auditorio de colegiales. He tenido el privilegio de dar conferencias en nuestros primeros establecimientos de enseñanza, tales como Harvard, Williams, Amherst, la Universidad de Fisk, la de Pennsylvania, Wellesley, la de Michigan, el Colegio de la Trinidad en la Carolina del Norte y muchos otros.

Al terminar mis discursos, oía decir, no sin cierta satisfacción, á un gran número de personas que venían á estrecharme la mano, que era la primera vez que llamaban «señor» á un negro.

Cuando hago un viaje que tenga particularmente por objeto el instituto de Tuskegee combino de antemano una serie de conferencias, en los centros más importantes de la región que voy á visitar: entonces me dirijo á auditorios de iglesia, á los de escuelas dominicales, *unión cristiana* y clubs de ambos sexos. Algunas veces doy, en un mismo día, cuatro conferencias.

Hace tres años, á propuesta del señor M. Morris K. Jesup de New-York y del doctor J. L. M. Curry, agente general de la fundación Jonh F. Slater, los administradores de la sociedad votaron una suma que debía emplearse en pagar los gastos de la señora Washington y los míos propios, durante un viaje de conferencias á los grandes centros negros, principalmente en los estados

donde la esclavitud había estado en vigor. Desde hace tres años consagramos anualmente algunas semanas á esos viajes. Por la mañana yo me dirijo á los pastores, á los maestros y á los comerciantes; por la tarde mi esposa reúne á las mujeres y finalmente por la noche tomo yo la palabra en las grandes reuniones públicas. Casi siempre asisten blancos á estas conferencias. En Chattanooga (Tennessee), por ejemplo, donde logré reunir unas tres mil personas, me han asegurado que había entre mis oyentes ochocientos blancos. Estos viajes me han dado más satisfacciones y mejores resultados que ninguno de los que había hecho hasta ahora. Gracias á ellos, mi esposa y yo hemos podido penetrar más adentro en los medios negros y verles de cerca en su vida privada, en sus iglesias, en sus escuelas dominicales, en sus talleres, y en sus prisiones y hasta en sus antros. Constituyen asimismo un buen método para apreciar las relaciones que existen entre ambas razas. Y cada vez, después de haber dado estas conferencias, siento crecer mis esperanzas en el porvenir de mi raza.

Ya sé que muchas veces es fácil dejarse ofuscar por apariencias y manifestaciones de entusiasmo momentáneo; pero ya he aprendido á no detenerme en estas muestras exteriores; me esfuerzo por llegar al fondo de las cosas y recoger informaciones con método y sangre fría. Ultimamente he oído afirmar por alguien que pretende conocer las cosas de que habla, que, en toda la raza negra, considerada en conjunto, no hay más allá de un noventa por ciento de mujeres que sean virtuosas. Jamás se ha dicho mentira más odiosa á propósito de una raza ni aportado un dato más difícil de demostrar.

Es necesario no haber estado durante veinte años en contacto con la raza negra, como lo he estado yo, en

el mismo corazón del Sud, para negar que la raza negra, á pesar de cuanto quieran decir de ella, está en buen camino, y se desenvuelve tal vez, con lentitud, pero también con seguridad, desde el punto de vista material, intelectual y moral. Podría tomarse como ejemplo la existencia de ciertos tipos en la clase baja de New-York y juzgar por ellos de la moralidad de la raza blanca: pero ya se ve que este no sería un método leal.

A principios del año 1897 recibí una carta rogándome que aceptara el pronunciar un discurso dedicatorio del monumento de Robert Gould Shaw (1), en Boston. Acepté. No tengo necesidad de decir quien es Robert Gould Shaw, ni lo que hizo. El monumento erigido á su memoria se encuentra en lo alto del jardín público de Boston, frente al palacio del gobernador. Se le considera como una obra maestra de estatuaria; la mejor de los Estados Unidos.

Las ceremonias que integraban esta fiesta de la ofrenda del monumento tuvieron lugar en la sala de conciertos de Boston, y la inmensa sala, rebosaba de cuanto había en la ciudad de más escogido y culto. Había en aquel auditorio más representantes del viejo elemento anti-esclavista, que se verán jamás en nuestro país. Presidió la sesión el honorable Roger Wolcott, por aquel entonces gobernador de Massachusetts y en la tribuna estaban, á su lado, altos funcionarios y centenares de hombres distinguidos. Un suelto sobre aquella reunión que publicó el *Transcript* de Boston, la describirá mejor de lo que yo podría hacerlo:

(1) Robert Gould Shaw, ciudadano de Boston, que se alistó como simple soldado en la guerra civil y que fué en 17 de Abril de 1869 coronel del 54.º regimiento de Massachusetts, el primer regimiento de negros que se formó en los Estados Unidos.—N. del T.

«La *nota saliente* de ayer tarde en la hermosa ceremonia en honor de la fraternidad humana, en la sala de fiestas de Boston, fué el magnífico discurso del director de la Universidad de Tuskegee, Booker Washington que en Junio último recibió el último grado de A. M. (*Master of Arts*) de la Universidad de Harvard. Ha sido el primero de su raza al que se le concede tal honor por parte de la más antigua universidad de nuestro país, por haber sido «el digno conductor de su pueblo» como dijo el general Wolcott, al presentarle al público.

»Cuando el señor Washington se levantó, entre una atmósfera sobrecargada de patriótico entusiasmo y en la que flotaban banderas militares, el público tuvo la adivinación instintiva de que se hallaba en presencia de la justificación viviente del viejo espíritu abolicionista de Massachusetts. Aquella personalidad era la encarnación de su vieja fe indomable y en su elocuencia, rica de pensamiento y de fuerza, los antiguos días de lucha, y sufrimiento encontraron su recompensa y su corona.

»La decoración, en torno, era de una gran belleza y de alta significación. Boston, tachado de tan «frío» se había animado y ardía en el fuego de justicia y de verdad que está en su corazón. Desbordaba la sala de gentes á quienes nunca se ve en público; familias que de ordinario, en los días de fiesta, se apresuran á ir al campo. La ciudad entera, aquel día, festejaba el aniversario de la mayoría en la persona de sus mejores ciudadanos, hombres y mujeres, cuyos nombres y cuyas vidas representan las virtudes amadas de una ciudad. Habían resonado en el aire las músicas marciales. Las oraciones habían sucedido á las oraciones; aplausos calurosos y prolongados habían saludado á los amigos y á los oficiales del

coronel Shaw, al escultor Saint-Gaudens (1) y á los soldados negros del 54º regimiento de Massachussetts, á su entrada en la sala y luego, al aparecer en la tribuna. El Coronel Henry Lee, del antiguo Estado Mayor del gobernador André, acababa de hacer una alocución llena de noble simplicidad y por medio de la cual abría la fiesta, rindiendo homenaje á John. M. Forbes, cuyo sitio ocupaba. El gobernador Walcott pronunció un memorable y corto discurso en el que declaraba «que el Fuerte Wagner constituía época en la historia de una raza y que marcaba los comienzos de su mayor edad». El alcalde Quincy había aceptado el monumento, en nombre de la ciudad de Boston; finalmente la historia del coronel Shaw y de su regimiento de negros se había repetido en términos elocuentes y el cántico «Mis ojos, Señor, han visto vuestra gloria» acababa de entonarse cuando Booker T. Washington se levantó. El momento no podía ser más propicio. La muchedumbre que había perdido aquella calma habitual en los oyentes de conciertos sinfónicos, vibraba al impulso de una emoción que no era fácil contener. Ya unas diez veces se había levantado, como un sólo hombre, para aplaudir, lanzar *hourrahs* y agitar los pañuelos. Cuando aquel hombre inteligente, dotado de una voz poderosa y de una piel completamente negra, comenzó á hablar y á pronunciar los nombres de Stearns y de Andrew, la emoción fué aumentando. Los ojos de todos los oyentes se humedecieron cuando el orador, vuelto á los soldados negros que ocupaban la entrada, clavó los ojos en el abanderado del Fuerte-Wagner, que sonriendo, levantaba ahora la bandera no abandonada nunca, á pesar de las heridas,

(1) Famoso escultor nacido en Dublín en 1848. Uno de los más apreciados en la América hoy día.—(N. del T.)